

* * *

Copia de una carta inédita del sabio Caldas al doctor Antonio Arboleda, de Popayán.

Quito y enero 21 de 1802

Mi Antonio, mi querido Antonio: qué satisfacción para mí saber que este amigo amado con entusiasmo esté ya en Popayán y en el seno de su familia! Yo no podré expresar bastante el gusto que tengo de poseer su confianza y su amistad, esta amistad fundada en la uniformidad de caracteres, *solidada* por una serie de años pasados en medio de la paz y de la buena correspondencia, y llevada al más alto punto de estrechez, por tanta bondad y beneficios que he recibido de su mano y de su casa. Ah!, si mi voz tuviera la fuerza de la de Jacob en los últimos momentos para llenar a usted de bendiciones en su posteridad, como lo hizo ese Patriarca hebreo con la tribu de Judá y con Judá mismo!, ya podría contar con todas las prosperidades y con todas las coronas del universo. Pero yo no soy sino una *nada* entre los hombres; todos mis tesoros se limitan a un corazón sensible y agradecido, y esto que poseo esto pongo en manos del más querido y más bello de todos mis amigos. Mi alma está agitada en este momento; yo siento en mi pecho un volcán de gratitud que me arranca lágrimas de contento sobre este papel. Hé aquí mi felicidad; pero ésta se disipa cuando me hallo sin poder para derramar sobre esa casa querida cuanto hay de grande sobre la tierra: esta es mi cruz. Me consuelo al considerar que mi Antonio posee un alma generosa y grande, que imitador de La Garaye aprecia más el sublime placer de hacer bien, y un sentimiento de una gratitud pura, que todas las riquezas del Oriente. Si yo diera curso a mi imaginación, si dejara desahogar a mi corazón conforme al temple en que se halla, llenaría volúmenes, y esto sería en perjuicio de lo mucho, de lo inmenso que tengo que decirle del Barón de Humboldt, de este genio original y raro que ha venido a ilustrar nuestros hogares. Confieso a usted que cuanto se ha dicho de este hombre grande, es muy inferior a lo que es en realidad. Yo ensancho los límites de mi pobre imaginación y a pesar de mis últimos esfuerzos no cabe en mi cabeza el “mártir del Galvanismo”. Qué astrónomo tan delicado y tan sagaz! He visto gran parte de sus bellos instrumentos, se ha dignado enseñarme su uso, y he tenido el honor de ser su coobservador! Cuánto he crecido en esta ciencia predilecta en los pocos días que há trato a este Newton,

(1) No pretendemos en manera alguna que sea completa esta enumeración, que acabamos de hacer de los escritos de Caldas, pues aquí sólo se ha dado razón de los escritos anotados por el Arzobispo de Quito González Suárez y que nos son conocidos, y de aquellos cuya existencia consta por testimonio del mismo Caldas; pero no es imposible que haya algunos más de los que no se hayan enumerado. Una edición completa de todo lo publicado y de todo lo inédito sería el mejor monumento que, para honrar la memoria de Caldas, podría levantar Colombia, según lo indica el mismo Arzobispo, y según lo cree la Dirección de esta Revista, que pretende en sus páginas reproducir cuanto nos ha quedado del ilustre sabio colombiano. Para ello cuenta con la cooperación patriótica de todos aquellos que posean manuscritos inéditos del polígrafo payanés.

a este Cassini de nuestra edad! Apenas me conozco. En lugar de 120 estrellas que tenía en mi catálogo, soy dueño de 560, todas fijadas por el ciudadano Michel Francais Lalande; este precioso tesoro me lo ha franqueado el Barón: todos sus libros están a mi disposición, la “Guía de Navegantes”, el “Atlas celeste” de Flamsted, y el famoso cronómetro de 1.000 duros (en Londres) me lo ha franqueado con una generosidad que no tiene igual. He visto el cúmulo inmenso de observaciones astronómicas hechas en toda la extensión de su viaje y espero quedar formado en este precioso ramo, para el cual he tenido una ardiente aplicación. Mis trabajos en este género, diré mejor, nuestros primeros trabajos astronómicos han sido coronados de gloria con el aprecio y aprobación de Humboldt. Nunca había imaginado que en Popayán, en medio de la miseria de mis instrumentos, pudiera haber llegado a merecer no sólo la aprobación sino el elogio de este viajero ilustre. He visto en sus diarios mi elogio y me hace representar un papel que yo mismo no me había imaginado y que mi amor propio no se había atrevido a sugerir. Al Padre le dije de Ibarra lo que contenía su substancia. Así pensaba antes de conocerme y con sólo una observación del primer satélite de Júpiter que vio en un libro que dejé en poder de mi Padre. Juzgue usted ahora de lo que pensará después que le he presentado una serie de mis precisas observaciones que tiene un grado infinitamente mayor de precisión. Me ha dicho que en todas las Secretarías de América le han mostrado cartas geográficas que tenían guardadas como tesoros, pero que sólo la de Timaná merece este nombre, que es la única astronómicamente construída y le ha dado un lugar distinguido en su gran Carta. Me ha dicho que quiere que me conozca el mundo entero. Qué honor!, qué gloria para mí, Antonio querido, ver mis trabajos aparecer a la faz del Universo acompañados de los del Barón! Tanto más me ha conmovido esto, cuanto jamás creí que viesan la luz pública nuestras trasonchadas, ni que se grabase a Timaná. Qué trabajos tan bien empleados, mi Antonio; felicitémonos, sí, felicitémonos. He comparado mis alturas del barómetro con las del Barón hechas en Guadalupe, Santa Fe, Popayán, Pasto, Pastos, Chota, Ibarra y Quito y hemos hallado una conformidad prodigiosa. He merecido el honor de que en Santafé preguntase por la casa en que hice mis observaciones en 1796, y se transportase a ella con su barómetro para compararlas con las mías. Tánta es la confianza que le han merecido mis trabajos.

Otra cosa bien singular y que ha de agradar a usted, es que el Barón conoce al Magdalena desde su desembocadura hasta Tocaima y yo le he presentado la carta de este río desde este punto hasta su origen, y en suma toda la parte alta va conforme a mis determinaciones. Qué impresión le ha hecho a este sabio que pudiese llegar al grado de perfección que ha visto con un “Quarto de Círculo” de madera hecho en Popayán! Ha dicho en una tertulia aquí que mis observaciones están mejor ejecutadas que las de

hay de grande sobre la tierra: esta es mi cruz. Me consuelo al considerar que mi Antonio posee un alma generosa y grande, que imitador de La Garaye aprecia más el sublime placer de hacer bien, y un sentimiento de una gratitud pura, que todas las riquezas del Oriente. Si yo diera curso a mi imaginación, si dejara desahogar a mi corazón conforme al temple en que se halla, llenaría volúmenes, y esto sería en perjuicio de lo mucho, de lo inmenso que tengo que decirle del Barón de Humboldt, de este genio original y raro que ha venido a ilustrar nuestros hogares. Confieso a usted que cuanto se ha dicho de este hombre grande, es muy inferior a lo que es en realidad. Yo ensancho los límites de mi pobre imaginación y a pesar de mis últimos esfuerzos no cabe en mi cabeza el “mártir del Galvanismo”. Qué astrónomo tan delicado y tan sagaz! He visto gran parte de sus bellos instrumentos, se ha dignado enseñarme su uso, y he tenido el honor de ser su coobservador! Cuánto he crecido en esta ciencia predilecta en los pocos días que há trato a este Newton, a este Cassini de nuestra edad! Apenas me conozco. En lugar de 120 estrellas que tenía en mi catálogo, soy dueño de 560, todas fijadas por el ciudadano Michel Francois Lalande; este precioso tesoro me lo ha franqueado el Barón: todos sus libros están a mi disposición, la “Guía de Navegantes”, el “Atlas celeste” de Flamsted, y el famoso cronómetro de 1.000 duros (en Londres) me lo ha franqueado con una generosidad que no tiene igual. He visto el cúmulo inmenso de observaciones astronómicas hechas en toda la extensión de su viaje y espero quedar formado en este precioso ramo, para el cual he tenido una ardiente aplicación. Mis trabajos en este género, diré mejor, nuestros primeros trabajos astronómicos han sido coronados de gloria con el aprecio y aprobación de Humboldt. Nunca había imaginado que en Popayán, en medio de la miseria de mis instrumentos, pudiera haber llegado a merecer no sólo la aprobación sino el elogio de este viajero ilustre. He visto en sus diarios mi elogio y me hace representar un papel que yo mismo no me había imaginado y que mi amor propio no se había atrevido a sugerir. Al Padre le dije de Ibarra lo que contenía su substancia. Así pensaba antes de conocerme y con sólo una observación del primer satélite de Júpiter que vio en un libro que dejé en poder de mi Padre. Juzgue usted ahora de lo que pensará después que le he presentado una serie de mis precisas observaciones que tiene un grado infinitamente mayor de precisión. Me ha dicho que en todas las Secretarías de América le han mostrado cartas geográficas que tenían guardadas como tesoros, pero que sólo la de Timaná merece este nombre, que es la única astronómicamente construída y le ha dado un lugar distinguido en su gran Carta. Me ha dicho que quiere que me conozca el mundo entero. Qué honor!, qué gloria para mí, Antonio querido, ver mis trabajos aparecer a la faz del Universo acompañados de los del Barón! Tanto más me ha conmovido esto, cuanto jamás creí que viesen la luz pública nuestras tras-

nochadas, ni que se grabase a Timaná. Qué trabajos tan bien empleados, mi Antonio; felicitémonos, sí, felicitémonos. He comparado mis alturas del barómetro con las del Barón hechas en Guadalupe, Santa Fe, Popayán, Pasto, Pastos, Chota, Ibarra y Quitto y hemos hallado una conformidad prodigiosa. He merecido el honor de que en Santafé preguntase por la casa en que hice mis observaciones en 1796, y se transportase a ella con su barómetro para compararlas con las mías. Tánta es la confianza que le han merecido mis trabajos.

Otra cosa bien singular y que ha de agradar a usted, es que el Barón conoce al Magdalena desde su desembocadura hasta Tocaima y yo le he presentado la carta de este río desde este punto hasta su origen, y en suma toda la parte alta va conforme a mis determinaciones. Qué impresión le ha hecho a este sabio que pudiese llegar al grado de perfección que ha visto con un “Quarto de Círculo” de madera hecho en Popayán! Ha dicho en una tertulia aquí que mis observaciones están mejor ejecutadas que las de Jorge Juan, y que nunca habría creído que en América hubiera ido la Astronomía tan adelante. Estos son los honores que hasta aquí he merecido de este ilustre viajero, y ellos hacen mi panegírico; pero yo los sepultaría eternamente en el fondo de mi corazón, si no hablase con un amigo que tiene tanta parte en mis observaciones y así el fondo grande de confianza que nos profesamos me quita la nota de vano: calle Ud. sobre este punto, y sólo a mi Pater, a mi Don Francisco, comunique estos primeros frutos y estos triunfos; con los demás guarde un eterno silencio. Cuento usted en el número de los primeros al Abate y a Buchón. Cómo pudiera volar y transportarme a su casa para contar un pormenor de cuanto me ha enseñado este sabio prusiano!

No es posible, mi Antonio, decir a usted cuanto me ha dicho: esto hará el objeto de nuestras cartas en lo sucesivo; pero no es posible resistirme a decir algo de Botánica. Profesa esta ciencia como lo habría hecho Jussieu o De Lamark. No hay planta que le pregunte que no le señale su género y muchas veces hasta la especie. Sabe de nuestros trabajos botánicos y en especial de usted. Le he hablado del *Myroxylon*, le he dicho mi juicio sobre la especie y se ha admirado del impar de las hojas. Qué dolor el haber malogrado usted el lance de habérselo mostrado vivo y personalmente! Yo le he dicho que tenemos esqueletos y desea verlos, y hé aquí a usted en la obligación de remitirme dos de ellos por lo menos. Ojalá este sabio quiera publicarlo con el nombre de usted y llamarlo *Myroxylon Arboledaeum*. A usted toca el examen y conocimiento de este precioso vegetal y yo haré todo mi posible por hacerlo entender así al Barón. Mucho ha sentido no haber conocido a usted y a Julián y a toda la *amable familia de Arboledas*, estas fueron sus expresiones. El nogal (*Juglans*) de la tierra dice ser especie nueva y que Mutis no la conoce. Me habló del *Cuichunchullo*, o *Palomilla*, y chupó nuestro *Chomo* un buen chasco presentándosela como trabajo propio en Popayán. Yo había

Los oficiales de Quito se parecen a esos en lo *mau-las* y los santos caminan a pasos de plomo. Así que se concluya la talla verá usted los diseños de Samaniego que sirven para el escultor.

A Buchón dígame Ud. que recibí los 32 pesos, que quedo con el cuidado de sus encargos, que después le escribiré dándole aviso del estado de todo.

Salude Ud. a mi amadísima Doña Rafaela, Vicente, Manuelito y Domingo, y cuente con cuanto puede su amigo verdadero,

(Fdo.) CALDAS

Es copia auténtica del original que conservo en mi archivo.—Popayán, 29 de marzo de 1937.

VICENTE J. ARBOLEDA C.

Para terminar esta nota informativa sobre Caldas, que viene a ser como parte de la biografía extensa

que publicaremos después, queremos llamar la atención de nuestros lectores hacia el contenido de la carta anterior, que es un modelo de sinceridad, y nos permite formarnos una idea exacta del carácter del Prócer.

¡Cuán ingenuo y generoso se muestra en ella el sabio payanés! ¡Y cómo se transparenta a lo largo de sus períodos de alto valor literario, el alma admirable de este genio americano tan excelso como desgraciado!

* * *